

Ricardo Rendón Garcini, *El Prosperato: el juego de equilibrios de un gobierno estatal (Tlaxcala de 1885 a 1911)*, México, Universidad Iberoamericana/Siglo XXI, 1993

Artemio Benavides Hinojosa

Este ensayo nos anima a proponer los siguientes postulados históricos: "La nostalgia ya no es lo que fue" y, además, lo que Alexis de Tocqueville señaló: "si queremos ver los defectos de las metrópolis, es preciso observar a las colonias" (o las provincias). Y ahora es justo explicarnos.

La investigación de R. Rendón Garcini sobre el Porfiriato en Tlaxcala (1885-1911) echa abajo tanto la visión demoniaca de las haciendas del periodo, así como la consideración casi angelical de las mismas: es bastante cuestionable, dice el autor, que en el seno de las haciendas esté la causa principal de la revolución de 1910. El libro tampoco auspicia una apología de aquellas entidades económicas. Total: ambas nostalgias —la revolucionaria y la tradicionalista, digamos— son remitidas para su reparación al taller de la historia.

Próspero Cahuantzi gobernó su estado natal por un cuarto de siglo. De allí el título de "Prosperato", para subrayar el carácter distintivo que

este gobernante le imprimió a su prolongado ejercicio político: un "coronel deslucido" que don Porfirio escogió para apaciguar la ínsula tlaxcalteca y, de alguna manera, intentar el esfuerzo modernizador. Y Próspero Cahuantzi cumplió con creces las esperanzas de su jefe y gobernó con eficiencia y energía, convirtiéndose en uno de los gobernadores más leales a Díaz.

Ricardo Rendón Garcini nos propone una explicación de la longevidad de este régimen tlaxcalteca, así como de su rompimiento al final del Porfiriato. Para lo primero, el autor nos dice que entre gobierno y agricultores (pequeños, privados, comunales y hacendados) "... subyacía (en sus relaciones) un vínculo de orden tradicional y paternalista de origen colonial, que intentó ser sustituido poco a poco por otro de índole modernizante propio de la era liberal" (p. 14), en lo que no radica nada novedoso. Lo interesante es que "había entre los campesinos un sentido 'moral', es de-

cir, un *deber ser* de las actividades económicas, políticas y sociales, que legitimaba y reglamentaba una relación de reciprocidad entre ellos y la autoridad: ésta debía garantizarle el derecho de la subsistencia y ellos se obligaban a dar a cambio reconocimiento y obediencia" (p. 15). Y cuando las pautas de este código consuetudinario se rompieron —vía el intento modernizador de los porfiristas— se echaron las raíces de la inconformidad popular.

En efecto, al ofrecernos una visión alternativa de la rebelión popular, "mediante la aplicación del modelo de la *economía-moral*", Rendón Garcini se traslada de estudios revisionistas sobre las haciendas mexicanas al plano político-social del estado de Tlaxcala: ciertos vínculos morales del hacendado garantizaban protección y subsistencia mínima a los campesinos —una "economía-moral" que atenuaba la ferocidad montante del inminente mercado capitalista— y en el estudio son elevados al plano político y expresados en un balance de corte paternalista y clientelista que este Prosperato tlaxcalteca encarnó.

La pregunta es inevitable: si el modelo nos ayuda a explicarnos buena parte de las relaciones sociales de las satanizadas haciendas porfiricas, ¿es permisible este traslado a las relaciones de gobernante y gobernados? Rendón Garcini apuesta por la afirmativa y se lanza a probarlo en capítulos agrupados en cuatro bloques bien equilibrados que van explicándonos desde el rompimiento de ese código tradicional, gracias a la moderni-

zación tributaria que Próspero Cahuantzi introdujo, hasta las condiciones precarias de la agricultura y la hacienda pública, pasando por el examen físico y humano de Tlaxcala, así como por los milenarios conflictos agrarios entre haciendas, pueblos y gobierno.

Su argumento nos parece convincente y, a nuestro juicio, prueba el señalamiento mencionado de A. de Tocqueville, en el sentido del choque entre el afán modernizador de este liberal y el imaginario estimativo tradicional de la gente tlaxcalteca que, más tarde que temprano, desembocó en abierta rebelión (con la ayuda de los vecinos poblanos más politizados), y nos ilustra bastante sobre el carácter del régimen porfiriano. Esto es, las visiones históricas nacionales no son suficientes y requieren, pues, de la atención a las entidades federales —como Tlaxcala— para afinar el relato de la época.

Deseamos mencionar que esta cuidadosa investigación, a nuestro juicio, nos provoca interesantes cuestionamientos sobre la intencionalidad liberal porfirista y las reacciones consecuentes de un pueblo que, en gran medida, ofrecía resistencia a un proyecto económico que trastocaba sus relaciones tradicionales con la tierra, con su trabajo y con el poder constituido, como el clásico estudio de Karl Polanyi sobre *la gran transformación* del siglo XIX, que quizá nos explica esta "economía-moral".

Las nuevas revisiones históricas del "viejo régimen" mexicano requieren más investigaciones como la de Ricardo Rendón Garcini: tan auda-

ces como cautelosas en sus planteamientos. De allí que sea de notarse la ausencia de cuidado en una edición que no debía carecer de un buen índice temático, de mapas más ilustradores y fotografías mejor seleccionadas.

No hay duda, en fin, de que aportaciones como ésta inauguran una asignatura histórica pendiente: eva-

luar las visiones nacionales (metropolitanas) a la luz de la experiencia histórica de las entidades provincianas. Algo que el historiador inglés Alan Knight realizó en buena medida con su macizo estudio sobre nuestra mexicana revolución, obra pionera que aún no ha visto, extrañamente, su traducción.